

E
B

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 469

25 CTS.



Una de
tantas

POR
Clara Bow
y
Richard Arlen

Z-I, 326

FilmoTeca
de Catalunya



WELLMAN William A.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: Pasaje de la Paz, 10 bis
Francisco-Mario Bistagne TELÉFONO 18551

Año IX BARCELONA N.º 469

Ladies of the Mob, 1928

Una de tantas

Producción dramática, interpretada por
Clara Bow y Richard Arlen



Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
KENNETH THOMSON

Una de tantas

Argumento de la película

Esta es la novela de una doncella del hampa. Ernest Booth, presidiario número 13.332, condenado a cadena perpetua en el presidio de Folsom, en California, es el autor del argumento.

Hace quince años, antes de amanecer, un hombre pagó con su vida un negro crimen.

La silla eléctrica fué el terrible final de un miserable. La ley, inflexible y necesaria, puso término a una existencia perjudicial.

Presenciaron la ejecución el juez y algunos funcionarios de la cárcel. Hombres fuertes, fríos, avezados a las grandes emociones, hubieran, sin embargo, deseado estar bien lejos de allí y no asistir a la brutal corriente que ponía fin a una vida humana.

Sudorosos, con el corazón encogido, vieron cómo la sentencia se cumplía, y el criminal, agitando violentamente en la silla eléctrica, era carbonizado por el trágico contacto letal.

En otro departamento de la cárcel, una mujer con una niña en brazos, lloraba desesperadamente el fin de su marido.

Durante unos momentos mortiguóse la luz de la bombilla eléctrica, y la madre comprendió que todas las energías de la corriente se habían reconcentrado sobre la silla en la que, en aquel preciso instante, era ejecutado un hombre.

Y lloró más aun contra la inflexibilidad de una ley que privaba a una mujer de su esposo y a una niña de su padre. Un odio feroz estalló en su alma, maldiciendo a una sociedad que usaba de tan terribles procedimientos.

La niña, sin comprender aún, lloraba también y su llanto inocente hubiera enternecido los más duros corazones.

El juez entró en la sala, mirando desolado a la pobre mujer que estaba acompañada de una funcionaria de la cárcel.

El juez era hombre de corazón. Cumplidor fiel de la ley, sabía, no obstante, que ésta, por el bien social, ha de llegar a veces casi a la crueldad.

Sintió una infinita lástima y fué a acariciar las manecitas blancas de la niña.

—¡Oh, apártese! ¡No la toque!—gritó la madre.

—¡Pero, señora!...

—¡Váyase, váyase! Yo la enseñaré a ella a ven-

gar a su padre de lo que habéis hecho esta madrugada.

Y, levantándose con la niña, salió de la habitación con los ojos inflamados de ira y en el alma una necesidad de luchar, de vengarse contra los que eran superiores a ella.

El juez se dejó caer melancólicamente en un sillón, exclamando:

—¡Pobre mujer, pobre niña! Ellas no tienen ninguna culpa... Doloroso es lo ocurrido. Pero la ley... es la ley.

Y ya no volvió a acordarse del lamentable episodio.

* * *

Pasaron años. La hijita del condenado se convirtió en una hermosa mujer.

La madre había muerto, y sus últimas palabras fueron para rogar a su hija perseverara en el odio que ella le había inculcado contra los representantes de la ley.

Ivona, la muchacha, que había crecido, pues, en un ambiente de perdición, no era ya más que una ladrona perseguida por la policía.

Con sus hermosos veinte años, había logrado rendir el corazón de Ted, un muchacho cuya vida estaba, como la suya, al margen de toda ley.

Ted la adoraba también, y los dos vivían juntos, jurándose siempre eterna fidelidad.

Cierta tarde, aquellas gentes de existencia ile-

gal preparaban la realización de uno de sus delitos.

Habían dejado su automóvil cerca de la casa donde ellos habitaban, situada en una elegante avenida.

El coche llevaba ya más de una hora parado en tal lugar, donde precisamente estaba prohibido el estacionamiento de vehículos.

Un policía se acercó al auto, y como no viese a nadie, redactó una denuncia y dejó sobre el cristal del parabrisas un papelito en el que se ordenaba al desconocido conductor se sirviera presentarse en el municipio, para pagar la correspondiente multa.

Ajeno a lo que había ocurrido en la calle, Ted se hallaba conversando con su amigo Jim acerca del "golpe" a realizar.

—No perdamos tiempo—decía Ted—. Dentro de un cuarto de hora tenemos que encontrar a los otros... Voy a decir a Ivona que no se entretenga.

—Supongo que no te llevarás a la chica, Ted—le respondió tímidamente su cómplice.

—¿Y por qué no? Ivona, para que tú lo sepas, vale más que todos vosotros juntos...

—Sí, pero... no me gustan las mujeres metidas en aventuras.

Apareció en el umbral la bella Ivona, con un fusil en cada mano.

—Oye, mi Ted—dijo riendo—. Coge este par de escobas, antes de que se me rompan los brazos.

Ted se apresuró a recoger aquellas armas, que-

dándose con una y entregando la otra a Jim, quien, ocultándola bajo el abrigo, abandonó la habitación.

Iba Ted a hacer lo mismo, cuando Ivona le detuvo y le suplicó:

—Escúchame un instante, Ted... Andate con cuidado con las armas de fuego... Hasta ahora hemos tenido la suerte de no tener que usarlas...

—¿Y qué?

—No olvides que la silla eléctrica no es para el que roba, sino para el que mata.

—¡Bah! ¡No pienses en cosas tristes, Ivona!

—La silla eléctrica es la única cosa a la que tengo miedo, porque es lo único que puede separarnos.

—Pues, si tienes miedo, lo mejor que puedes hacer, es quedarte aquí.

—No hay miedo de que me manden a mí a la silla... A ti sí que pueden mandarte a ella, y si lo hicieran, ¿cómo iba yo a vivir sin ti?

—Pero, Ivona...—dijo, entristecido.

—Si no quieres hacerlo por ti, hazlo por mí, Ted... ¿Por qué no me lo prometes?

—Está bien mi vida... ¡Te lo prometo!—contestó el muchacho, besando la boca de aquella mujer. La prometía solemnemente no usar jamás arma alguna.

Subieron al coche, donde ya esperaba Jim. Dióse cuenta Ted del papel que el guardia había puesto en el parabrisas. Lo leyó y destruzándolo, lo echó a un rincón del suelo... ¡Buenos estaban para presentarse a la policía!

Ivona condujo el coche a gran velocidad.

Habían recorrido unos dos kilómetros, cuando, en plena calle, otro automóvil vino a detenerse junto al suyo. Ivona y sus amigos lo ocuparon, mientras varios hombres de los que iban en el otro coche se hicieron cargo del de la joven.

Era necesario adoptar aquellas precauciones para evitar que la policía pudiera descubrirles.

Ivona imprimió gran velocidad al automóvil y marchó hacia una de las calles donde estaba situado el edificio del Banco Popular.

—¿Estás nerviosa?—le dijo Ted, sonriente.

—Cuando voy al "trabajo" me siento mejor que nunca—contestó, sonriente.

Llegaron ante el Banco. Ted, Jim y otros cómplices, descendieron mientras la joven quedaba en el coche para vigilar que nadie entrara en la casa bancaria.

Antes de separarse, Ted movió la cabeza con aire de contrariedad, y dijo señalando uno de los dedos de Ivona:

—¿Cuándo tirarás este anillo? ¡Mira que nos comprometes!...

Sonrió Ivona y clavó los ojos en aquella sortija, que tenía la forma de una serpiente.

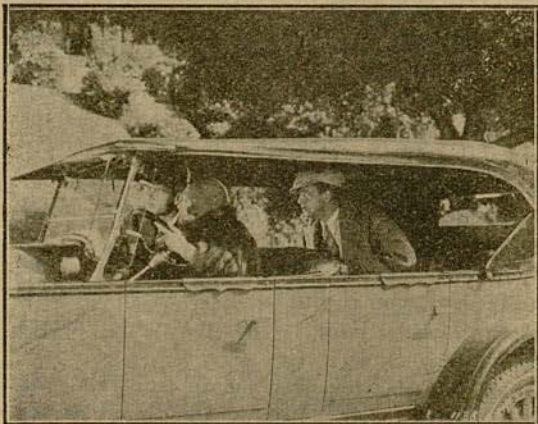
—¿Tirar yo este anillo? No lo tiraré nunca, porque me lo dió mi madre y es para mí un maravilloso recuerdo.

Ted no le contestó y con su gente se dirigió hacia la puerta del Banco, empujándola y entrando lentamente por ella.

Todos los empleados del Banco habían salido

y no se encontraba en él más que el cajero, a quien los ladrones dieron el alto, amenazándole con las armas que hasta entonces habían llevado ocultas.

Despavorido, el empleado tuvo que abrirles la



Ivona imprimió gran velocidad...

caja. Los ladrones, en un santiamén, le ataron, impidiéndole todo movimiento, y se dedicaron a robar.

Y mientras ellos efectuaban su sabrosa operación, Ivona vigilaba anhelante en el automóvil.

Se le acercó un policía e Ivona tubo que realizar sobrehumanos esfuerzos para que no la vendiera la emoción. ¿Qué quería aquel hombre?

—Siga su camino, señorita, que ya hace mucho rato que está usted aquí parada.

—Bien... bien—contestó, sintiendo que se le ensanchaba el pecho.

El guardia se alejó, no sin antes fijarse en el precioso anillo que Ivona llevaba en un dedo de la mano izquierda... ¡Bonita alhaja!

Ivona, impaciente, contemplaba la puerta del Banco, por donde debían salir sus amigos.

Llegóse a ella un mendigo, ciego al parecer, que caminaba con dificultad, apoyándose en un bastoncito... Llevaba gafas, e Ivona creyó que aquel hombre la veía a través de los ahumados cristales.

Pidióle limosna, que la joven no le quiso dar inquieta por la tardanza de sus compañeros.

El pobre prosiguió lentamente su camino. Momentos después aparecieron los dos cómplices y subieron de un salto al automóvil, que emprendió rápida marcha.

Ted y sus amigos volvieron a la casa del primero, después de cambiar de noche. Ya en ella, Ted procedió a repartir a sus camaradas la parte que les correspondía del robo efectuado, y los ladrones marcharon para gastar alegremente sus ganancias.

Quedaron solamente Ivona, Ted y su íntimo amigo Jim, quienes comentaron lo espléndido del botín alcanzado.

De lo que restaba hicieron tres partes, que se repartieron como buenos hermanos. Ivona, acariciando a Ted, le dijo:

—Ted, ahora que tenemos dinero, no debes

olvidar que me prometiste que cuando lo tuviéramos cambiarías de vida. Bien sabes tú, Ted, que a pesar de los consejos que me había dado mi madre, no es esta existencia que llevamos la que precisamente cautiva mi corazón, sino to-



—Ted, ahora que tenemos dinero...

do lo contrario... suspiro por la vida honrada, créeme.

—Ya veremos—contestó Ted sonriente—. Por el momento, bebamos un poco de vino... y luego trataremos esos asuntos con más calma.

Y rociaron el éxito del "golpe" con buenas copas del añorado whisky, tesoro de ilusión en el país de la ley seca.

* * *

Entretanto, el cajero del Banco Popular había podido salir a la calle para demandar auxilio. Acudieron unos policías, y el empleado dió cuenta del asalto de que acababa de ser víctima.

En menos de un cuarto de hora, todos los policías del distrito recibieron orden de buscar a los autores del robo.

Uno de aquellos agentes recorría el barrio, buscando algún indicio que le pudiera dar luz en el tenebroso asunto.

Por el camino encontró a un antiguo conocido suyo, un mendigo llamado "El Gafitas", hombre corto de vista, pero que se hacía el ciego para inspirar más lástima a las gentes.

Conociendo el agente que "Gafitas" tenía su parroquia cerca del Banco Popular, le preguntó:

—Tú que eres un ceigo que lo ve todo, ¿viste algo extraño alrededor del Banco Popular, a eso de las siete y media? A aquella hora, los ladrones lo estaban asaltando y creo que huyeron en automóvil.

Meditó el mendigo y recordó a la muchacha del vehículo.

—Recuerdo... Un automóvil estaba ante el Banco... junto al volante se hallaba una muchacha que aparecía en extremo nerviosa y a quien pedí caridad... Vi luego cómo unos hombres salían del Banco y subían al vehículo... Eran seguramente los ladrones.

—¿Y no podrías darme ninguna seña de esa mujer, de esos hombres?

—De ellos, no... pero en cuanto a la muchacha era pelirroja y llevaba un anillo en forma de serpiente en el tercer dedo de la mano izquierda.

—Gracias, "Gafitas".

Telefonó el agente a la Jefatura dando cuenta de lo que había descubierto. Allí se conocía también la noticia, pues un policía, el mismo que había avisado en la calle a Ivona para que prosiguiera el coche su ruta, había indicado las señas de aquella joven, que llevaba una preciosa sortija en forma de serpiente.

No había, pues, la menor duda de que aquella muchacha era cómplice de los ladrones del Banco.

Y a todos los agentes de la ciudad, les fué comunicadas las señas de la joven, así como el diseño del comprometedor anillo.

Horas más tarde, el agente del barrio en que Ivona y Ted tenían su nido, daba una ronda por la calle, cuando vió en el suelo un papelito. Lo recogió y dióse cuenta de que se trataba del aviso de multa que él, aquella misma tarde, había dejado en un coche.

¡Ah! ¿Conque éste era el caso que hacían de las órdenes de la autoridad? ¡Si encontrase a los dueños del coche!

Sonrió al ver que precisamente ante la acera de enfrente se hallaba el coche que había motivado su anterior denuncia.

El vehículo se hallaba detenido ante una casa

de regular apariencia, y no dudó el policía que allí debía estar su propietario.

Llamó a la puerta de la casa.

Ivona, Ted y Jim, que se hallaban discutiendo sobre lo que debían hacer, oyeron la llamada y, aterrORIZADOS, miraron por una ventana, al exterior.

Al ver a un policía, una honda lividez se retrató en sus semblantes. ¡Estaban perdidos!

Jim, más cobarde que sus compañeros, no quiso atender las indicaciones de serenidad y calma que éstos le hacían, y, saltando por una puerta trasera, huyó a campo traviesa.

Ivona y Ted tomaron una determinación. Era preciso valor.

—¡Abre!—dijo Ted a su amada—. Yo estaré en el fondo de la estancia y, si es preciso, intervendré.

La joven se apresuró a entreabrir la puerta. Uno de sus brazos, oculto detrás de la espalda, sostenía un revólver.

—¿Qué desea?—dijo, temblando.

—¿Es de usted el auto que está ante la casa?—preguntó el policía.

—Sí, señor.

—¿No sabe usted que lo denuncié hace unas horas? ¿Por qué han echado al suelo el papel en que les comunicaba la multa?

Y al propio tiempo le mostraba el arrugado papelito.

—¡Usted perdone!—dijo la joven, tranquilizándose ya—. Algún guasón lo habrá tirado del auto.

Pero el policía se fijó en la sortija que la muchacha llevaba en un dedo de la mano izquierda. Era la misma serpiente cuyas señas le habían dado en la Jefatura.

Su faz se contrajo bajo un intenso asombro.

Ivona había adivinado todo lo que pasaba por el alma de aquel hombre, y quiso cerrar la puerta, sin poderlo conseguir a causa de poner el pie el agente.

Comprendiendo que no podía ya disimular, Ivona retrocedió y, empuñando el revólver, apuntó al policía.

Ted, que hasta entonces había permanecido oculto, salió también con un arma en la mano.

—¡Manos arriba!

Obedeció el policía, diciendo:

—Conque ustedes son los ladrones, ¿eh?

—¡Lo ha adivinado usted, joven! Pero... Ivona, apártate de ahí... y verás como en un momento despacho a este entrometido.

—¡No, no dispires!—suplicó ella—. ¡Acuérdate que me has prometido no hacer nunca uso de las armas! ¡Euciérralo en el armario, pero sin hacerle daño!

—¡Te obedezco!

Ted desarmó al policía y lo encerró donde había indicado Ivona...

Recogió luego el dinero robado, y, en compañía de su amada, salió de la casa.

Estaban en peligro... Había que huir lejos, muy lejos...

Subieron al automóvil y abandonaron la ciudad, hacia otra tierra donde no les conocieran.

Y mientras ellos se alejaban, el policía, habiendo conseguido salir del armario, daba cuenta por teléfono a la Jefatura de todo lo que le había ocurrido.



...empuñando el revólver...

Viajando noche y día, de pueblo en pueblo, siempre perseguidos, los fugitivos de la justicia llegaron al fin a un lugar de California, donde esperaban vivir tranquilos.

Alquilaron una casita y a los ojos de todo el mundo aparecieron como un joven matrimonio burgués.

Ivona, que nunca se había encontrado bien con la vida del hampa, se hallaba ahora encantada con su felicidad presente... Ted se añoraba, se aburría... Puede mucho el hábito en un corazón sin voluntad.

Cierto día, mientras los dos jóvenes se hallaban tranquilamente en el jardín de su casa, ella le dijo, viendo la cara fatigada de su amigo:

—¿Qué te pasa, Ted?

—Tanta tranquilidad me revienta...

—¿No te encuentras bien?

—Sí..., pero, ¿qué quieres? No puedo remediarlo. Daría cualquier cosa por volver a la vida de antes.

—No quiero que tan siquiera lo pienses, Ted. ¡Somos ahora tan felices!... Aquí nadie nos conoce. Podemos vivir ignorados del mundo.

—Esto no es vida.

—¡Oh, calla, calla! Hasta ahora, hemos tenido más suerte de la que nos merecemos. ¿Acaso habíamos sido nunca tan felices como ahora?

Y le llenó de besos, que él aceptó regocijado, pues amaba locamente a Ivona.

Luego dirigióse Ted al interior de la casita, mientras Ivona quedaba en el jardín gozando de una gran paz.

Apenas Ted entró en la casa, llamaron al teléfono. El joven se puso al habla y sonrió alegremente al escuchar la voz de Anita, una mujer ya de mediana edad, dueña de una taberna de la ciudad y que algunas veces le había protegido en su interior vida aventurera.

—¿Qué es de tu vida, Anita?

—Poca cosa, Ted... He recibido carta de Jim... El pobre está en la cárcel. Te ha escrito aquí, sin pensar que tú te habías olvidado ya de los viejos compañeros.

—¡Pobre Jim! Oye, Anita... ¿Quieres traerme la carta? Yo estoy aquí amarrado.

—¡Sí!

El joven dejó el teléfono y le pareció que todo su mal humor había desaparecido... Aquella mujer le había traído como un perfume del pasado, y esto le enternecía... Mejor era aquella antigua existencia que ésta de hoy, aburrida y sin objeto.

La tabernera Anita había telefoneado a Ted en presencia de María, una rubia y casquivana muchacha que frecuentaba su casa.

—Oye, Anita—le dijo esta joven—. Deja que yo le lleve esta carta... Quiero darle una sorpresa.

—Pero le he dicho que iría yo...

—¡Es igual! Tú sabes lo mucho que Ted y yo nos queríamos en otros tiempo. Déjame volverlo a ver.

Accedió Anita y la joven María guardó la carta en su bolso y, subiendo a un automóvil, se hizo conducir al lugar donde vivía el hombre que ya la tenía olvidada en su memoria.

* * *

Ivona se hallaba hablando con una vecina, una mujer casada que tenía un niño de corta edad que era el encanto de su hogar. Ivona envidiaba a esa muchacha. ¡Si ella estuviera casada tam-

bién, si tuviese un hijo como aquel niño adorable!...

No lejos de ella, Ted se hallaba leyendo, tumbado sobre una hamaca.

De pronto descendió de un automóvil una mujer elegantemente vestida, quien, abriendo la verja del jardín, se dirigió hacia el sitio donde se hallaba Ted.

El joven reconoció a María, con la que bastantes años antes había sostenido relaciones amorosas, hoy ya por entero olvidadas, y celebró volverla a ver.

Pero Ivona se había dado también cuenta de la presencia de aquella muchacha, y el áspid de los celos la picó venenosamente en su alma.

Avanzó hacia ellos, mirando con frío desprecio a la que creía una intrusa.

—¿Qué busca usted aquí?—dijo.

—María y yo hace años que nos conocemos—explicó Ted—. Cuando yo comencé, trabajamos juntos...

—Pues... no se le ha perdido a usted nada por aquí, señora... Conque...—exclamó Ivona en forma agresiva.

María lanzó una siniestra carcajada y exclamó:

—Conque estás amarrado a las faldas de esa... ¿eh? ¡Que te aproveche, hijo!

—¡Salga usted de aquí!—gritó Ivona.

—Pero, Ivona, no debes recibir a la gente de ese modo—exclamó Ted, disgustado.

—No hay necesidad de que te excuses—exclamó María, despectivamente—. Yo había veni-

do para traerte una carta... pero, si quieres, ve tú mismo a casa de Anita a buscarla.

Y, sin querer atender las excusas que el joven quería darle, volvió a subir a su automóvil y desapareció.



—¡Que te aproveche, hijo!

Ted tuvo una escena violenta con Ivona, a quien recriminó por su "inconcebible proceder".

—Es que te quiero, Ted... Es que te amo, y tengo miedo de que me roben tu cariño...

—Esa mujer me traía una carta de Jim y tú, con tus ridículos celos...

—No quiero que pienses en tu vida anterior. Bien me doy cuenta de que mi madre me acon-

sejaba mal. Nunca he sido tan feliz como estos días. Sigamos viviendo aquí, mi bien.

Y sus labios glotonos y deliciosos hicieron cesar las protestas de aquel muchacho.

Pero horas después volvió a sonar el timbre del teléfono.

Ted quiso levantarse, pero ella, arrellanándose a sus pies, acariciándole amorosamente, le dijo:

—Déjalo que toque... Debe ser Anita.

Pero el timbre sonaba insistentemente y por fin Ted, sin poder contener su curiosidad, rechazó a Ivona y corrió al teléfono.

Era Anita, quien le notificaba que tenía de nuevo la carta en su poder y a su disposición

—Está muy bien, Anita—dijo el joven—. Allá voy en seguida.

Ivona, enterado de su propósito, no quiso dejarle marchar, temiendo que si su amante volvía a la ciudad, reanudaría la vida anormal e intranquila de antes.

—¿Serías capaz de ir, ahora que comenzamos a vivir como personas decentes?

—Es necesario, Ivona. Jim tal vez necesite de mí, y he de atenderle.

—¡Te arrastrarán a la vida de antes! ¡Piénsalo bien, Ted!

—¡Necesito ir!

—Entonces, si tal es tu voluntad... ¡yo te acompaño!

—Ven, si quieres. Nada he de realizar contra nuestro amor.

Los dos marcharon de nuevo a la ciudad. El con la alegría de volver a su pasado; ella, dis-

puesta a defender su cariño de todo obstáculo que hallase.

* * *

Entraron en la taberna donde se encontraban Anita y María. Esta e Ivona se miraron como dos fieras prontas a acometerse... La rivalidad del amor hacía engarfiar sus manos.

—¿Vienes con esa?—dijo María, burlona—. Me parece, hijo, que tú no eres el hombre de antes.

—No, el de antes, no... pero es mejor... y ni tú ni nadie me lo quitaréis—repuso Ivona, exaltada.

Las dos mujeres llegaron a las manos, y Ted y Anita tuvieron que realizar grandes esfuerzos para contenerlas.

Ya más tranquilizadas, Anita entregó a Ted la carta de Jim, que decía:

Querido Ted: Te busqué, pero no pude encontrarle. La policía me echó el guante. Entrégale cinco de a mil a Anita. Necesito el dinero para la fianza. Ayuda a conseguir la libertad a tu viejo compañero.

Jim

Ted se puso la mano en el bolsillo y sacó unos billetes, que entregó a Anita para que ésta hiciera la fianza.

—No les des nada, Ted—protestó Ivona—. Es todo el dinero que nos queda.

—Tengo que hacerlo, mujer... En otra ocasión, él lo hizo por mí.

María, que se hallaba en un rincón, exclamó con voz insultante:

—¿Serías capaz de negarle ese dinero? ¿Qué te ha dado esa mujer, Ted?



“Querido Ted: Te busqué, pero no pude encontrarte.

—Te aseguro que Jim tendrá la fianza. —

Mientras Ivona observaba aquellas ajenas influencias, que volvían a aniquilar el alma de su amigo, Anita dijo riendo a Ted:

—Si no has cogido miedo a la policía, esta

noche te presentaré a los amigos... Tenemos planeado un golpe”, que hay que verlo.

—No le hagas caso, Ted... ¡Piensa en lo felices que somos ahora!—gimió Ivona, bien arrepentida de su tormentoso pasado.

—¡Déjame! Sé muy bien lo que tengo que hacer.

No tardaron en aparecer varios sujetos de mala catadura, los “amigos” que Anita había anunciado.

—Ese chico es Ted Haley, su especialidad son también los Bancos—dijo Anita haciendo las presentaciones.

En el acto se hicieron todos amigos, planeando el asalto que debía darles dinero por una larga temporada.

Angustiada, Ivona, retorciéndose de desesperación, suplicaba a su Ted que no les escuchase.

Uno de los ladrones, que en otro tiempo había sido vigilante del Banco que ahora trataban de asaltar, dijo a Ted:

—Así, todo queda conforme. Mañana por la noche haremos una visita al Banco donde trabajé... Está ahí enfrente... ¡Nada, una bicoca!... Y este muchacho—dijo, señalando a otro de los compinches—, se encargará de *distraer* al policía de la esquina si se mete en lo que no le importa.

—Esos tienen malas intenciones, Ted—suplicó Ivona—. Su plan es matar al policía y comprometerte a ti, para mandarte a la silla.

—¡No seas loca!

—¡Es la verdad... es la verdad! ¡Marcháos de aquí, canallas!

Y lanzóse contra aquellos hombres y contra María, que les azuzaba violentamente, poseída de sorda rabia.

En vano Ted intentó calmarla. Como ella siguiese protestando, el ex vigilante del Banco, con sus amigos, salió de la taberna, diciendo en voz baja a Ted:

—¡Adiós, chico!... Nos veremos aquí mañana por la noche. Ven solo; deja a esa culebra en tu casa...

Salieron los bandidos y en la calle encontraron al agente de servicio.

—¿De dónde venís?—les dijo.

—Hemos subido un momento a casa de Anita, a tomar un refresco.

Pero, como huyeron rápidamente, el policía sospechó si se estaría tramando algo muy serio, y dirigióse a la taberna.

En ella se encontraban discutiendo Anita, Ted, Ivona y María.

¿Quién llamaría a tales horas de la madrugada? María abrió y vió a un policía.

La joven dió un grito y escapó velozmente, temerosa de verse frente a frente con la justicia, a la que tenía mucho que pagar.

Ted, al ver al agente, derribó la silla en que estaba, y su mano empuñó un revólver, pronto a disparar contra el que venía a detenerle.

Pero Ivona, temiendo que su amado matase al policía, haciéndose con ello reo de muerte, co-

rrió hacia Ted y, poniéndose ante él, le impidió disparar.

El agente sacó a su vez una pistola, y, creyendo iba a ser víctima de una agresión, disparó, viniendo a herir a Ivona en el pecho.

En aquel momento, Anita, de un silletazo, dejó a oscuras la lámpara, y, aprovechándose de las sombras, Ted, cogiendo en brazos a su amada, huyó de la taberna, marchando con la preciosa criatura por las calles silenciosas y tristes del barrio.

Los dos jóvenes se encaminaron a casa de un médico para que curase las heridas de la joven.

El doctor, sin preguntar a qué obedecían aquellas heridas, leve por fortuna, producidas por un arma de fuego, se limitó a proceder a su limpieza y vendaje.

La joven, sonriente, agradeció con dulces palabras la curación del doctor y aun al marchar envió ella a éste, agradecida, un beso con la punta de sus dedos.

—¡Gracias... gracias... doctor!

Apenas hubo marchado la pareja, el médico se apresuró a telefonar a la Jefatura de policía.

Su deber era denunciar lo ocurrido, pues seguramente aquellas gentes tenían sobre su conciencia algún delito de sangre.

Pero en el instante en que le contestaban de la Jefatura, recordó él el beso que con sus dedos monísimos le había enviado la joven en señal de gratitud.

¡Pobre chica! ¡Tal vez no era lo que él pen-

saba, tal vez era inocente! Y, renunciando a la denuncia, dijo ante el teléfono:

—Usted perdone, policía... Han equivocado el número.

* * *

Ivona y Ted se habían dirigido a la casita que antes habitaron en la ciudad.

Estando Ivona herida, no podían volver al pueblo hasta la mañana siguiente.

—No podemos salir de la ciudad estando tú así... Procura descansar un poco y mañana nos iremos—le dijo él.

—Pero, Ted, Ted... ¿Verdad que no les harás caso a tus antiguos compañeros, verdad?

Vaciló el joven; pero la sangre que su amada había derramado, le hacía ver los constantes peligros en que Ivona se encontraría de volver a proseguir la vida criminal de antes.

—¡Te prometo que buscaré un trabajo honrado!—le dijo—. Ya que tú lo quieres...

—Gracias, mi bien—decía ella emocionada.

Y sus labios buscaban los suyos, haciéndole prometer una y otra vez que ya no buscaría el mal.

Al otro día llamaron al teléfono. Era María, que, sospechando pudieran haberse instalado allí, le decía:

—Todo está planeado para esta noche a las doce. Contamos contigo, Ted.

—Oye, María, quiero que me dejes tranquilo.

No quiero saber nada más de ti ni de los otros—contestó Ted.

—¡No lo olvidaré!—replicó una voz amenazadora.

Ted fué a comunicar a su mujercita lo que acababa de indicar a María. Iban a ser felices.

Pero... no contaban con la maldad de María, quien, despechada por la dura respuesta de Ted, acababa de telefonar a la Jefatura de policía indicando el lugar donde se encontraba aquella pareja complicada en el asalto al Banco Popular.

Horas después, los policías rodeaban la casa.

Ivona y Ted miraron despavoridos a la calle, desde donde los reflectores de la guardia les enfocaban.

—¡Estamos perdidos!—clamó Ivona desesperada—. ¡Y ahora... ahora que íbamos a romper con nuestro pasado!

Una piedra vino a romper un cristal, una piedra cubierta con un papel que decía:

La casa está rodeada de policías. Os damos tres minutos de tiempo para entregaros.

—¡Yo no me entrego!—rugió Ted, empuñando un revólver y cerrando todas las puertas.

—¡Entrégate, Ted!—dijo ella llorando—. Será peor la defensa.

—¡Apártate!

Y, loco de ira, comenzó a disparar, mientras desde la calle se contestaba de igual manera.

Pero la oscuridad, sólo rasgada por los focos y los disparos, hacía que la puntería fuese nula. Detrás de la puerta o junto a la ventana, Ted

se defendía valientemente, mientras su amada seguía suplicándole:

—¡No dispaes... no mates a nadie! Sería la silla. No importa que nos detengan... Iremos a presidio y cuando hayamos cumplido nuestra condena, seremos el uno para el otro.

—¡No lo creas, mi vida! A uno no le dan nunca la oportunidad de ser bueno.

La lucha arreciaba. Los disparos de los policías eran cada vez más certeros.

—¡Huye, Ivona!... ¡Es a mí a quien quieren!... A ti no te harán nada... Sal a la calle y agita un pañuelo...

—No... eso no—. ¡Yo no te abandonaré nunca! He hecho cuanto he podido por ti, Ted... pero tú no me has hecho caso... Ahora, si hemos de morir, moriremos los dos juntos.

Cogió un revólver y disparó a su vez por la ventana.

Pero de pronto, dijo a su compañero:

—No tenemos necesidad de matar a nadie... ¡Huyamos por el sótano!

—¡Tienes razón!

Y para que no se descubriese su huida, pusieron en el fuego una cazuela con varias balas, que empezaron a reventar como si realmente fuesen disparos hechos por revólveres.

Bajaron por el sótano y salieron por una calle que daba a un gran jardín. Sin que les viesen, cogidos del brazo, comenzaron a andar y a poco encontraron a un policía.

—¿Quiénes son ustedes?

—¡Perdónenos! Volvíamos a nuestra casa, que

está cerca de aquí, cuando nos encontramos con que la calle está llena de policías—contestó la joven.

—¡Apártense inmediatamente!

Entretanto, los policías habían entrado en la casa, viendo que lo que producía el tiroteo eran las balas puestas en el fuego.

Sin embargo... los pájaros habían huído... y era preciso buscarles.

Y en la cercana calle, Ivona y Ted avanzaban penosamente, alejándose de la policía.

Ella preguntó a su amado:

—¿Adónde iremos, Ted?

—En busca de mis amigos, que me han de proporcionar algún dinero.

—No olvides lo que me prometiste, Ted—contestó ella, sorprendida.

—Lo que te prometí, fué antes de que la policía metiera las narices en lo que no le importa.

—¡No, Ted, no!... ¿Será posible que no comprendas que si te juntas con esos malos hombres tendrás que matar a algún policía, y luego te mandarán a la silla?

—¡Tú estás loca!—dijo, ya desesperado—. Si no puedes venir conmigo, quédate aquí y déjame ir solo...

—¡No quiero que vayas, Ted... no quiero!

Comenzó a gritar, a llamar la atención de los agentes, quienes, sospechando pudieran ser ellos los fugitivos, corrieron a su encuentro.

En vano el joven quiso huir; ella le retuvo en sus brazos, hasta que la policía les apresó.

—Vosotros sois los fugados, ¿eh? Ivona y Ted...—dijo un sargento.

—Sí, nosotros—contestó ella con dignidad.

Ted aguardaba silencio, poseído de un dolor terrible, creyéndose traicionado por su compañera. Esta le murmuró, con lágrimas en los ojos:

—Tú no entiendes por qué lo he hecho, Ted... ¿Verdad que no lo entiendes?

—¡No!

—¡Pues, para salvarte!... Nos mandarán a presidio por unos pocos años. Somos jóvenes y aun podremos ser felices juntos cuando recobremos la libertad... Dejándote yo libre ahora, te hubieras unido con aquella gentuza... ¿Y no comprendes, Ted, que yo hice todo esto por salvarte de la silla eléctrica?

Unas lágrimas de emoción inundaron el rostro del muchacho. Sí, comprendía, por fin, todo lo que atesoraba aquel noble corazón de mujer.

—¡Has hecho bien, mi nena!—respondió, convencido.

Los policías les esposaron, y entonces ella murmuró dulcemente a su compañero:

—¿Ves, Ted? Los dos juntos, siempre juntos, hacia nuestra felicidad.

Y emprendieron la marcha hacia la cárcel.

Pasó tiempo. Toda la banda fué detenida y cumplió en presidio la reparación que debía a la ley.

Pero Ivona y Ted salieron del penal regenerados, después de haber cumplido con la justicia, y sin el temor ya a represalias...

Y emprendieron una vida majestuosa y pura como el sol, con la dignidad de las gentes honradas.

F I N

Ha sido revisado por la censura

ACONTECIMIENTO:

Esta semana aparecerá la digna compañera de **La Novela Semanal Cinematográfica**, titulada

La Novela Cinematográfica del Hogar

Excelentes asuntos

48 páginas de amena y sana literatura

Novedad insuperable

Postal-regalo de los mejores artistas,
en bicolor

Precio popular: 30 céntimos

¡Se admiten suscripciones!

Exito sin precedente:

**La
Novela para Todos**

Colaboración selecta. Interesantes
asuntos inéditos.

Ilustraciones en el texto

Pida en cualquier quiosco o librería

La Novela para Todos

Precio: 30 céntimos

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1